

GREGORIO ORDOÑEZ

Tras las huellas de un hombre

El asesinato del político donostiarra ha provocado una honda conmoción ciudadana. La peculiar personalidad de Gregorio Ordóñez atrajo a quienes le trataron y a muchos de quienes le odiaron

GLORIA ABANDA CENDOYA

Igual que las aguas, suave, pero inexorablemente, retoman la pleamar, así los pasillos y despachos de la Casa

Consistorial van alcanzando el pulso cotidiano, en un tercer día todavía de luto por la muerte de Gregorio Ordóñez y, las gentes que le conocieron, que con él trabajaron y, sobre todo, fueron sus amigos, entre voces quebradas y lágrimas contenidas, van contando cosas del hombre.

ERA muy especial». Es la frase más repetida refiriéndose a él, en lo que fuera su despacho; letreros en las paredes, caricaturas de Txispas o Alemán, un cartel de toros... y las mesas, algunas redondas. «Para que todos se sientan cómodos y puedan hablar de igual a igual» llenas de proyectos amontonados unos sobre otros, peticiones de los ciudadanos, expedientes y, telegramas, cientos de telegramas que, el estupor y la tristeza, todavía no han conseguido abrir. «Excepto el que enviaron los reyes». Roberto Fernández, Elena Azpiroz, María San Gil, Carmen Nagel, Eugenio Damboriena, uno a uno van llegando a esta cita con el recuerdo, los ojos aún humedecidos, los labios secos, la nariz brillante...

Para María San Gil, su secretaria, testigo de la muerte de Goyo, una mujer inteligente que estudió en Salamanca filología bíblica bilingüe, es decir, en latín, griego y hebreo y que nunca pensó que terminaría en un sitio como este, trabajando veinticinco horas al día, «Gregorio era una persona que enamoraba porque tenía algo especial a pesar de lo feíto, gordito y desaliñado que parecía. El era el importante y hacía que, todos a su alrededor, nos sintiéramos igualmente importantes. Sin duda, me ha marcado profundamente porque es mucho lo que me ha transmitido, enseñándome a ir con el corazón por delante, lo que es la honestidad, a trabajar por los demás y a preocuparte de tu ciudad responsabilizán-

dote de ella».

Roberto Fernández, responsable de plazas y mercados, trata, a través de una sonrisa, desdramatizar la situación «Como todos le van a poner un diez de nota, yo le pongo un cinco —bromea— los dos tenían un carácter muy fuerte y él, además, una personalidad impresionante, así que teníamos grandes broncas amistosas, cortas y muy constructivas. ¿Sabes que en esta legislatura, sólo una vez creía haber llegado antes que él —que era un gran madrugador— al despacho? Pero no, cuando creía haber entrado en los «anales de la historia», resultó que Goyo ya había llegado y estaba emboscado entre papeles y expedientes. Está de acuerdo Fernández en que, entre todos, hicieron de Ordóñez una especie de *enfant terrible* algo que no le parece mal al concejal. «Porque una de sus facetas, era la de ser muy indisciplinado dentro de una férrea autodisciplina y creo que para estar en política hay que ser así por eso, el final de esta legislatura y el comienzo de la siguiente, debe tener esa impronta recordándole permanentemente. ¡Qué bonito sería que el próximo alcalde, una vez investido, fuera a hacerle una visita con toda la corporación a donde ahora se encuentra...».

Miedo al infarto

Elena Azpiroz, su colaboradora más cercana, su amiga del alma, asiste en silencio, pálida, delgada, con la evidencia de una maternidad todavía incipiente, tardando en hablar, porque su voz se rompe a cada instante. «Gregorio me decía que, ahora que voy a ser madre, tenía que cuidarme más y descansar. ¡Figúrate!, todos nos hemos quedado huérfanos de padre y así, quién descansa ahora. En los primeros momentos tan terribles, pensé seriamente en dejar la política porque me quedé sin fuerza e incapaz de seguir luchando, pero si él dejó la vida en esto, no sería justo que ahora abandonáramos. Además, Gregorio nos lo pidió expresamente hace tan sólo unos días». Sin embargo, Elena no cree que intuyera su muerte cercana, mientras que Carmen Nagel, asegura que algo intuía. «Lo cierto es que a él no le gustaba preocupar a nadie y si bien es verdad que en todos estos años hemos pasado momentos de mucho miedo, Gregorio nunca lo demostró, aún siendo consciente de que podía ser asesinado. ¿Sabes cuál era la mayor preocupación de todo el equipo de trabajo?



Gregorio Ordóñez en su época de colegial (mayo de 1974)



Su matrimonio con Ana Iribar le marcó profundamente y ahora eran padres de un chaval

Pues el temor a que sufriera un infarto, porque últimamente había engordado mucho ya que no cuidaba las comidas ni hacía, prácticamente, ejercicio. Este temor se lo hacíamos saber continuamente pero, claro, no nos hacía caso porque era todo entrega; en su último cumpleaños, el veintinueve de julio, le regalamos un maillot precioso entre todos porque últimamente se había aficionado un poco a la bicicleta». Un silencio y una mirada entre ellas, hermanándolas en la pena, hasta que la evocación del amigo perdido, les devuelve un atisbo de sonrisa. «Le gustaba mucho recordar su infancia y adolescencia, porque lo pasó muy bien y le encantaba no olvidar que no había perdido un momento de ellas. Era un hombre que le saçaba chispas

a la vida, humano y trabajador».

No le gustaban los toros

Bajaime un poco la nota, porque esto va a resultar excesivamente almibarado, acabó suplicando a mis interlocutoras. Y ellas, las tres Elena, Carmen y María, se quedan pensativas, para luego, responder casi al unísono. «Conducía muy mal. Era un temerario. Nadie quería ir con él y nos daba pavor subir en su coche y, además, como decíamos antes, no se cuidaba nada. Algo que siempre le reprochábamos diciéndole que si no lo hacía por él, pensara al menos en su mujer y en su hijo, por quien se le caía la baba y, por todos nosotros. ¿Qué pasa si nos dejás colgados? y él, se reía».



Una imagen, de la campaña de 1991, que refleja su carácter abierto. El humor no está reñido con nada.



es caía la baba.



«Una cosa es la política y otra las personas». En la foto, pasea con su rival, alcalde de Donostia, Odón Elorza.

En blanco y azul

Decía de sí mismo que trabajaba en blanco y azul, los distintivos de la ciudad que tanto amaba. Y se fue —le asesinaron— cuando todavía la estela de la reciente festividad donostiarra, bordoneaba en el viento tremendo de un lunes nefasto y el estampido seco de un disparo, se mezclaba con los últimos redobles de tambores y barriles. Y ya no fuimos blanco y azul, sino rojo y negro.

Y, si el ser humano es la acción de su pensamiento, el resultado de su obra, la armonía entre virtudes y defectos, latido del sentimiento cierto, e incertidumbre constante de la cordura o el error, es también, ámbito vital de la infancia, el espacio lúdico del barrio en el que se fundamentó la adolescencia, el primer colegio... Es, raíz entroncando con el pretérito y proyección de futuro extendido a ese bien inapreciable que son los amigos, por los que hemos transitado siempre en blanco y azul. Su barrio, en la Falda de Ulía, donde vivió hasta su primera juventud, se encuentra desierto en una mañana en la que los pocos niños que quedan están en el colegio y una ráfaga de tristeza estremece los árboles por los que trepó y los matorrales tras los que agazapó sus juegos de guardias y ladrones y, un viejo amigo que no quiere dar su nombre, recuerda sonriendo cómo, de niños, trasteando con una escopeta de aire comprimido, le dió un perdigonazo a Gregorio «lo que no impidió que nuestra amistad continuara».

Y, mientras, en el colegio del Corazón de María, el padre Sierra, hoy excusa a sus alumnos del ensayo en el coro, para hablar de un discípulo de anataño, a quien impartió clases de gramática y música. «Un chaval muy listo, capacitado para cualquier cosa que se hubiera propuesto en la vida, excepto músico, porque ni la voz ni el oído, los tenía dotados. Físicamente, era igual que ahora, bajo, regordete y el flequillo rebelde. ¡Lástima que le hayan matado!

Rafael Aguirre Franco, director del Centro de Atracción y Turismo, con quien Gregorio Ordóñez, compartió un cuatrienio de intenso trabajo cuando Goyo fue delegado de Turismo, en la Legislatura de Ramón Labayen, profundamente afectado, recuerda al primer teniente de alcalde «Como un hombre amable y extrovertido, que se comunicaba con la gente de una manera increíble y, en las reuniones, tenía un gran poder de sugestión de masas; yo diría algo que se ha comentado poco y era su gran honestidad. Las veces que viajaba conmigo por cuestiones públicas, pagaba los gastos de su propio bolsillo.

Captar los mensajes

En esos cuatro años jamás tuve enfrentamientos o diferencias porque era muy fácil trabajar con él; tenía una gran repentiación y enseguida captaba los mensajes. A los dos meses, conocía perfectamente tanto el mundo del aizkolarismo, como el del remo y el tema de las tamboradas infantiles, le apasionaban, siendo él el que impulsó las subvenciones que, hasta entonces, habían sido pírricas». No puede olvidar Aguirre Franco, algunas escenas de las que, con frecuencia, fue testigo. «A veces, yendo juntos por la calle, se le acercaban para increparle, situación que él resolvía con mucha elegancia, sin recurrir jamás a los insultos e intentando dialogar y empleando palabras amables aunque, desgraciadamente, no lograra el diálogo con quien se le enfrentaba airado».

¿Tenía ya pensada la terna que haría el paseillo en esa hipotética plaza con la que tanto soñaba? Vuelve a aflorar la sonrisa a sus ojos? ¿Te decimos un secreto? A Gregorio no le gustaban los toros, ni siquiera conocía bien las diferentes suertes de la lidia. Es más, le aburrían. Pero él quería la plaza de toros, porque consideraba que era muy beneficiosa para la ciudad; lo mismo le ocurría con el puerto deportivo que si te descuidas, se mareaba en un barco...»

El hecho de ir sin escolta, qué suponía, ¿valentía, inconsciencia o arrogancia? «Arrogancia, nunca. Él llevaba una pistola y miraba siempre por ver si le seguían, pero estaba tan convencido de que todo el pueblo vasco estaba en peligro, que no quería predicar sin dar ejemplo».

Etapa agridulce

Los ojos del concejal Eugenio Damboriena, aún permanece enrojecidos, «porque para mí, Goyo, más que un compañero de Partido, más que un amigo, era un hermano que, cuando sus padres se fueron a vivir a Valencia, pasaba las Navidades en mi casa. Por coincidir en todo, lo hicimos hasta en el lugar de nacimiento, Caracas, a donde mis padres se exiliaron con la llegada de la República y los suyos fueron en busca de fortuna. ¿El hijo de papá y el niño pobre, íntimos amigos? Las diferencias no existen por el nacimiento, sino por cómo se piensa y actúa. Gregorio aprendió que lo más bonito de la vida es el amor y él fue enormemente ama-

do y con una gran capacidad para amar a su vez; esta última etapa, ha sido la más agridulce de su vida y quizá la más dura por una situación que ha desembocado en lo que todos sabemos, pero también la más dulce porque, tanto política como personalmente, estaba en su mejor momento. ¿Qué por qué no llevaba escolta? En principio, no la quería, pero a partir de la muerte del sargento Morcillo, Gregorio aceptó cuando se lo propusimos, tanto Jaime Mayor Oreja, como yo. Entonces, Jaime habló con la Consejería del Interior, expresándole nuestros temores y se le respondió diciendo: vosotros no sois objetivos de ETA. Ya hemos visto como se han equivocado y me preocupa muchísimo que su servicio de información, sea tan incapaz».

A aquellos que murieron en los años ochenta la gente no les daba importancia. Todo esto que se está consiguiendo ahora ha sido muerto a muerto. Hoy la gente reconoce el mérito de personas como Ordóñez, pero entonces el comentario cuando mataban a cualquiera era *por algo será*. María Victoria recuerda el funeral tras el atentado con una enorme tristeza: «La gente no se atrevía ni a acercarse a la iglesia para darte el pésame. Incluso salió una manifestación de HB a pegar a la gente que iba al funeral». Cuando mataron a su marido, tenía cuatro hijos —de 5, 14, 15 y 16 años—, dos de los cuales continúan hoy con tratamiento psiquiátrico. La mayor, tras haber superado unas fuertes depresiones, estudia criminología. «A todos les ha dejado secuelas de una forma u otra, lo que pasa es que hay que verlo día a día. Qué te puedo contar... Yo veo sus lágrimas, veo cuando ven un atentado lo que sienten, cómo tratan de marcharse de la televisión para no padecer aquello. Es algo que no puede explicarse, hay que vivirlo».

«No me pidan el perdón»

El tiempo no le ha permitido superar el trauma por el atentado. Su situación económica fue precaria durante muchos años, — con una ayuda de 60.000 pesetas al mes — hasta que fue aprobada una pensión vitalicia para los familiares de las víctimas del terrorismo. El comando que asesinó a su marido fue acusado de 19 asesinatos por la policía, pero el resultado penal le ha hundido en la frustración. «En el 86 les cogieron y en el 92 estaban en la calle. Creo que dos están en Venezuela, según ha salido en un periódico y el tercero está trabajando como guarda forestal para el Gobierno Vasco».

La viuda se sale de sus casillas cada vez que se habla de reinserción o de limitar las exigencias por responsabilidad civil de los etarras presos. «Matar en España es baratísimo. Cinco años en la cárcel y luego fuera con un sueldo en el extranjero. Ya le dije un día al señor Atutxa en una carta que a mí también me deben reinsertar porque yo desde que han matado a mi marido estoy pensando siempre en cómo me voy a cargar a alguno de aquellos». Vidaur considera que no habrá una verdadera paz hasta que no se preste a las víctimas del terrorismo la misma atención que a los reclusos de ETA. «Cuando nos hablan de perdón me parece un insulto. ¿Han perdonado ellos?. Pero hombre, que no nos tomen el pelo», dice.

El asesinato del senador del PSOE Enrique Casas, en febrero de 1984, provocó igualmente una profunda conmoción en la sociedad vasca. Su viuda, Bárbara Dührkop, también se quedó con cuatro hijos — uno de 8 meses y los otros de 3, 4 y 17 años —, pero estos años han transcurrido para ella de forma muy diferente. Militante socialista desde 1978, actualmente es eurodiputada en Estrasburgo. Recuerda que la muerte de su marido originó ya una importante movilización, pero sitúa sobre todo el punto clave del cambio de la actitud popular contra la violencia en la firma del Pacto de Ajouria Enea, cuatro años después.

El asesinato de Ordóñez le ha cogido a contrapié porque muchos análisis han utilizado el atentado de Casas como punto de comparación. «Recuerdo poco lo de entonces, sí me acuerdo que llegué a pensar que todo era como una película que no iba conmigo. La conciencia de lo que pasó te llega mucho más tarde. Hay como una barrera, algo que está en la naturaleza, que te impide ver las consecuencias en el momento que ocurren las cosas, y que te lo va administrando en porciones, poco a poco, como una forma de que lo superes», señala. Bárbara comparte una impresión — también aludida por otros familiares que pasaron por aquel trance — de temor en la gente, incluso por el simple hecho de acercarse para ofrecerle el pésame: «A mí se me acercaban por la calle, como con prisa, me decían que sentían la muerte de Enrique pero se iban corriendo. Eso creo que hoy



Bárbara Dührkop junto a sus hijos Richard y Andreas./ USOZ



María Victoria Vidaur se fue con sus cuatro hijos a vivir a Alicante.

en día ya no existe. Lo de ayer —la manifestación por Gregorio Ordóñez— fue impresionante. Lo más importante que ha pasado en los últimos años ha sido el cambio de actitud de la gente. Siempre he creído que esto sólo lo cambia el pueblo vasco.

La viuda de Casas ha tenido un especial cuidado en la educación de sus hijos. Relata crudamente cómo el que más problemas ha tenido ha sido el mayor, Richard —hoy con 28 años, estudia en Alemania la especialidad de anestesiista—, ya que los otros no han tenido oportunidad ni de echar en falta a su padre. Sin embargo, un suceso reciente ocurrido con uno de los críos pequeños le mostró que el asesinato de su padre no es un tema solventado. Cuando todos los donostiarras presentes en la izada de la bandera del Día de San Sebastián, se felicitaron por la ausencia de incidentes y de insultos contra el alcalde y resto de autoridades, uno de los hijos de Casas se tuvo que salir de la Plaza de la Constitución por el simple hecho de ver desplegada con absoluta impunidad una pancarta con el anagrama de ETA. La sensibilidad *acartonada* de los presentes tras años de violencia no

pudo evitar que uno de los hijos de Casas sufriera una fuerte *punzada* al sentir lo que ese símbolo ha significado en su vida.

Intentar que no odien

Dührkop se ha marcado como principal objetivo que el odio no crezca entre sus hijos. «Esa es la tarea más dura para quienes nos hemos quedado con hijos, que no odien después. Esa etapa yo ya la pasé y la tengo superada, pero te das cuenta de que el odio es una fuerza muy poderosa, tan fuerte como el amor, con un componente destructor de la persona terrible. Si no lo canalizamos, es capaz de destruirnos».

La viuda de Casas se mostró impresionada ante la movilización ciudadana por la muerte de Ordóñez y no encontró punto de comparación con el silencio de años precedentes: «Ves ayer a la gente en la calle y dices 'no es lo mismo'. Es el mismo horror, una familia destrozada, pero lo que no es igual es la reacción de la gente. Ese es el mensaje fundamental».

Bárbara Dührkop quiso ponerse en el lugar de la viuda de Ordóñez y explicó su ex-

periencia hace 11 años: «Cuando matan a tu marido tienes a la gente, a las autoridades, a la prensa, pero después cierras la puerta de tu casa y no te llama nadie. El paso de la historia es muy rápido. Hoy ya se habla poco de Gregorio. Me imaginaba esta mañana que su mujer ha pensado lo mismo que yo entonces: Todo parece normal, la tierra no ha temblado, la gente va al trabajo, las tiendas abren, la gente compra la leche. ¡Coño, aquí todo parece normal cuando a mí se me ha caído el mundo!. Todo parece que tiene que ser distinto al día siguiente y no lo es. Sólo lo es para ti, ya ningún día será normal para ti».

Ana Iríbar, la viuda de Ordóñez expresó ese temor. No quiere pensar que Gregorio se ha ido e intenta aferrarse estos días a su último beso, a sus recuerdos con él, a su ropa, a su hijo. «Cuando transcurran los días me daré más cuenta de lo que me falta», señaló. De momento lo que tiene, lo que no se le podrá olvidar, será que todo el mundo está con ella y con Goyo. El asesino debe estar muy solo: «A mí me hubiera hecho un favor si hubiese estado muerto».

«He perdido por lo menos siete amigos»

Jaime Mayor Oreja, presidente del PP del País Vasco, manifestó haber quedado «especialmente huérfano» por la pérdida de Gregorio Ordóñez, aunque precisó haber visto ya como asesinaban al menos a «siete amigos míos». Entre ellos, los dirigentes Doval, Arrese y Ustaran, gente con la que él compartió los momentos más duros de la lucha contra el terrorismo desde las filas de UCD. Recuerda cómo esas muertes provocaron ya una reacción popular fuerte, pero matiza que la conmoción era «más privada, más de partido. Hoy con Gregorio, todo el mundo se ha echado a la calle». El ambiente de enfrentamiento era tal en aquellos años — explica — que «tras haber enterrado a Doval, casi nos pegamos con unos contramanifestantes en el punto del Kursaal de San Sebastián». Rememora cómo a partir de 1983, él y Ordóñez comenzaron a levantar un nuevo proyecto político en Euskadi. «Los primeros momentos fueron muy difíciles. El era un joven vehemente, impulsivo, que venía de Alianza Popular, y yo, que también era joven, venía de la experiencia de gobierno con la UCD. Pero con el paso de los años, surgió una *química*, un entendimiento que, con espontaneidad y sin estrategias, ha funcionado muy bien». Ambos se complementaban, eran el eje, la columna vertebral por la que se estructura todo partido. Pero Mayor no se lamenta, está seguro de que la muerte de Goyo ha dejado un testamento que pondrá a cada cual en su lugar. «El asesinato de Doval supuso la fractura de ETA *político-militar*, con la salida de Bandrés y Onaindía» y cree igualmente que el asesinato de Ordóñez «si no será un punto de inflexión definitivo en el declive de ETA *militar*, sí va a suponer una quiebra, un proceso irreversible, en ese mundo». El líder vasco del PP ironiza sobre quienes se frotan las manos con la muerte de Ordóñez: «La gente se ha cansado de chulos, de asesinos. Está harta de esta gentuza. A Gregorio no le va a sustituir nadie en el PP, le vamos a sustituir todos en todos los rincones, tratando de decir en cada momento lo que él hubiera dicho. Esa va a ser la herencia principal de Gregorio».